



Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final
T.I.F

DE LA IDENTIFICACIÓN PRIMARIA A SUS FALLAS: *AUTISMO VERO*

Modalidad de Presentación: Investigación bibliográfica

Autora: Diez, Luciana

Legajo: D-5114/4

DNI: 36.928.394

Docente Responsable: Eyras, Mauro

Agradecimientos

A mis viejos, por haber depositado su confianza en mí desde el primer día.

A mis hermanos, por ser sostén y pilar fundamental en cada paso dado. A mis amigos y amigas, por transitar esta experiencia conmigo.

A mi compañero, por su incondicionalidad y por animarme a no rendirme. Al espacio TIF y en especial a Mauro, por acompañarme con profunda dedicación durante todo el proceso.

A la Universidad Nacional de Rosario, por haberme alojado amorosamente durante todos estos años de formación.

<i>Índice</i>	2
Resumen. Palabras claves.....	4
A modo de introducción.....	5
Respecto de los primeros tiempos constitutivos.....	6

¿Cómo habita el cuerpo el autista?.....	9
El autista y su voz.....	12
La mirada ¿hacia dónde?.....	15
Reflexiones finales.....	16
Referencias.....	18

Resumen

La presente Investigación Bibliográfica pretende indagar las modalidades que adopta la identificación primaria en la constitución subjetiva, ya que algo del orden de lo fallido en este proceso identificatorio se podría rastrear en las manifestaciones clínicas que presenta el autismo en relación con la voz, la mirada, el cuerpo y el lenguaje. Para posibilitar la comprensión de fenómenos tales como el rocking, el mutismo y la ecolalia, así como la

evasión e imposibilidad de sostener la mirada, se propone pensar qué sucede en los primeros tiempos constitutivos con el objetivo de comprender las condiciones que deben darse para que se efectúe el proceso identificatorio, así como rastrear las impresiones que deja en el psiquismo del niño esta operación lógica cuando se presenta a través de sus fallas. A partir del aporte de psicoanalistas y profesionales del campo psi, se pretende profundizar acerca de la posición que tiene que tomar una mujer para estar medianamente a la altura de ejercer lo que nombramos como función materna, como también aquellas circunstancias que pueden dificultar el alojamiento de un niño, teniendo en cuenta que los acontecimientos y el azar también dejan su huella y su impronta en los avatares constitutivos.

Palabras claves

Autismo - identificación primaria - función materna - constitución subjetiva 4

A modo de introducción

Jérôme, un niño autista de tres años que no habla ni camina, es el segundo hijo de un ejecutivo que posee la mayor parte de las acciones de su fábrica y de una profesora de inglés. En la primera consulta, el padre cuenta que durante el embarazo la madre pensaba que no iban a tener dinero para pagar la maternidad, aunque en Francia, es

totalmente gratuita. Al cabo de cuatro entrevistas, mientras la madre dialoga con el analista, se escucha una risa. Jérôme logra pararse por primera vez sosteniéndose en la mesita de juegos. Sobre la mesa, había una casita de madera; Jérôme toma tres figuras de madera y las pone en una cama, dentro de uno de los cuartos de la casa. A los siete meses de comenzadas las sesiones, Jérôme se acerca al espejo y luego empieza a hablar, lenta pero perfectamente.

Este caso presentado por Yankelevich (2009) nos invita a indagar, a partir de lo ocurrido durante las sesiones, cómo es posible que un niño que no habla pueda contar hasta tres, inquietud que impulsó al autor a formular una hipótesis que funcionó a modo de guía en su trabajo sobre el autismo: era esta quizás la primera vez que la madre, al hablar, lo nombraba. Había algo en la llegada de ese hijo que no tuvo eco en una simbolización anterior, por lo que nunca le había hablado de manera nominante; afirmación que nos permite vislumbrar que hay en la palabra algo que nombra o algo que puede desconocer por completo la nominación del Otro (Yankelevich, 2009). Lo curioso es que, cuando la madre entra en transferencia con el analista, Jérôme se levanta por vez primera. Tenía tres años cuando llegó a la consulta, es decir que la mielinización nerviosa ya había terminado; aun así, era una “bola” que rodaba por el piso y apenas si gateaba. Lo cual nos enseña que, si bien las condiciones neurofisiológicas de la motilidad pueden estar dadas, no es suficiente para que alguien marche dominando la posición erecta. Para Yankelevich (2009), Jérôme revela de un modo impresionante que esta capacidad de pararse sobre sus pies no es banal, que para erguirse se necesita algo más: el falo, aquel que le otorga erectilidad al cuerpo.

Esta lectura de observación clínica resulta interesante porque nos ayuda a comprender el modo en que se va definiendo el falo a partir de las coordenadas de la función materna, así como también nos enseña que una madre toma posesión de este lugar en tanto y en cuanto haya un deseo metaforizado para el hijo. El hecho de que este niño venga a llenar, aunque no totalmente, la falta de la madre adquiere relevancia si tenemos en cuenta que, al otorgar la significación fálica, es ella quien permite el primer trenzado entre soma y lenguaje, es decir, quien posibilita la identificación primaria, aquella por medio de la cual el niño traga la cultura y se humaniza. Siguiendo el caso de Jérôme, Yankelevich (2009) nos orienta al indicar que lo que en realidad la madre pensaba durante su embarazo es que no iba a poder salir de su vientre, es decir, que no podía faltarle. Si nos atrevemos a profundizar, podemos pensar que quizás el miedo a no poder pagar la maternidad disfrazaba el terror de no poder afrontar el parto, de no tener los *recursos* para sostener el costo de esta separación, de esta pérdida en el real de su cuerpo. Pero, más allá de las conjeturas que podemos realizar, lo relevante para el autor es que las ideas que tenía en torno al nacimiento de su hijo ejemplifican la dificultad de que la falta, como significante fálico, pase de la madre al hijo. De ahí que cuando ella logra hablar acerca de estos pensamientos al analista, estando él presente, este niño carente a los tres años de tono muscular logra, por primera vez en su vida, pararse. Este acontecimiento le generó al autor un interrogante que tomamos a modo de brújula: ¿es posible que una emisión sonora nominante produzca que el falo significativo se inscriba en el cuerpo del niño y logre así pararse? (Yankelevich, 2009). Si la respuesta resulta positiva, nos preguntamos cuáles son las condiciones que tienen que darse para que este Otro materno le hable a su hijo y qué consecuencias podría tener en el psiquismo del infante el hecho de que la transmisión fálica fracase completamente, es decir, que no estén los investimentos necesarios para recibir a ese bebé.

Para intentar dar respuesta a estas inquietudes, realizaremos una revisión de los principios teóricos en los que se apoyan psicoanalistas que han realizado significativos

indagar las modalidades de identificación primaria en la constitución temprana, ya que algo del orden de lo fallido en este proceso identificatorio se podría rastrear en las manifestaciones clínicas que presenta el autismo en relación con la voz, la mirada, el cuerpo y el lenguaje. Para posibilitar la comprensión de fenómenos¹tales como el rocking, el mutismo y la ecolalia, así como la evasión e imposibilidad de sostener la mirada, nos proponemos retomar la vía de investigación que plantean los autores a fin de indagar acerca de la posición que tiene que tomar una mujer para estar medianamente a la altura de ejercer lo que nombramos como función materna, como también aquellas circunstancias que pueden dificultar el alojamiento de un niño, teniendo en cuenta que los acontecimientos y el azar también dejan su huella y su impronta en los avatares constitutivos.

Tomando el aporte de otros psicoanalistas y profesionales del campo psi, llevaremos a cabo una investigación bibliográfica con el objetivo de pesquisar qué es lo que sucede en los primeros tiempos constitutivos y comprender las condiciones que tienen que darse para que se efectúe dicho proceso identificatorio. A partir de una lectura de los rastros e impresiones que va dejando en el psiquismo esta operación lógica cuando se presenta a través de sus fallas, tal como lo proponen los autores seleccionados, nos proponemos indagar los principales fenómenos del autismo.

Respecto de los Primeros Tiempos Constitutivos

La condición de desamparo y prematuración biológica con la que nace el bebé lo conduce a un encuentro insoslayable con otro para su sostenimiento, encuentro que en el contexto de los cuidados se convierte en un asunto de vital importancia si tenemos en cuenta que no sólo asegura que el niño sobreviva sino también que obtenga lo necesario en su constitución como sujeto.

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Freud (2008) resalta lo fundamental de este encuentro a partir del concepto de *vivencia de satisfacción*, experiencia gracias a la cual se comienza a instalar en el aparato psíquico el primer par significativo de oposición tensión-distensión, mediada por la acción específica de un otro. Ante una tensión endógena como puede ser el hambre, sabemos que lo único que puede hacer el infante a modo de descarga es llorar o gritar, aunque no resulte suficiente ya que no resuelve el hambre. Es por eso que Freud (2008) introduce la necesidad de un "individuo auxiliador" que responda al llanto e interprete este empuje que desequilibra al bebé, es decir, que realice una acción específica aportando el objeto adecuado que brinde satisfacción. A partir de esta escena se crea, nos dice, una huella o imagen mnémica en el aparato psíquico que, ante una nueva emergencia pulsional, funcionará como una imagen psíquica que le ayudará al bebé a tramitar la tensión pulsional. Lo relevante de esta observación es que, más allá de servir a la satisfacción de la necesidad biológica, se trata de una acción que tiene un lugar privilegiado porque va a pasar a la memoria del sujeto como un registro imborrable, resultando así una vivencia que "tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo" (pp. 363). Esto es así porque las huellas mnémicas que quedan asociadas como consecuencia serán, de aquí en más, el soporte del deseo que apunta a restablecer la satisfacción primera; movimiento que se funda en una imposibilidad ya que, como tal, está perdida.

Lo interesante de esta experiencia es el papel del Otro, aquel que Freud (2008) nombra individuo auxiliador, así como las condiciones que debe cumplir la acción

¹ Hacemos referencia al término "fenómeno" proveniente del verbo griego Φαίνεω, que significa dar a ver o mostrar.

perpetrada por él para que sea constituyente. Al no tratarse de cualquier otro, siguiendo a Lacan (1978) hacemos referencia al Otro con mayúscula, para poder hablar de aquel que tiene el poder, la posición autorizada, de inscribir en el niño la matriz simbólica: el Otro como “batería de significantes”. Decíamos que el bebé grita o llora para manifestar una necesidad o tensión endógena, sin embargo, podemos afirmar que en un primer momento ese grito no va dirigido a nadie. Será, por ejemplo, la madre o quien cumpla su función, quien interprete este grito al tratar de consolar o satisfacer la necesidad, dándole un significado: “tiene hambre”, “tiene sueño”. Es decir que si el grito se convierte en llamado es porque hay alguien que recibe ese mensaje y lo interpreta, porque hay alguien que supone un sujeto que demanda, siente un malestar y pide una respuesta. Ahora bien, como subrayamos líneas anteriores, quien encarna la función del Otro primordial también es el que tiene la potestad de responder o no a la necesidad del niño y, más importante aún, quién puede (o no) decodificar en ese llanto una demanda, un llamado.

El hecho de que esta transmutación no esté asegurada de entrada deja entrever que los primeros cuidados van más allá de la mera presencia de un otro que brinde el objeto de la necesidad. Si hay algo que el psicoanálisis nos enseña es que la presencia sin palabra y sin deseo puede ser bastante más dañina que una ausencia que sabe regalar sin embargo unas pocas palabras adecuadas. Por eso, coincidimos con Lacan al pensar que, además de la necesidad nutricia, la máxima necesidad de un niño es, en realidad, la necesidad del deseo del Otro no anónimo, esto es: el reconocimiento y la presencia de un Otro que lo nombre desde su deseo, atribuyéndole, a la vez que dispensa los cuidados, un discurso. “Este niño *me* llora” supone para Baraldi (2013) un deseo de esta índole, deseo que se articula con la falta de la madre, sin el cual se tornaría insuficiente que se le alcance el seno o el biberón al bebé, si en esta acción no se lo nombra. Nos referimos al deseo de hijo que se instala desde mucho antes de tenerlo y que, al ser fantaseado, viene con una historia ya establecida que sin dudas formará parte de las huellas que lo preceden y que posibilitan un lugar en el mundo. Desde los primeros tiempos de vida, e incluso desde antes, estamos atravesados por el decir: somos nombrados y en ese decir está implicada, entre otras cosas, nuestra filiación a la cultura. En relación a esto es que Marcela Bassano, en su lectura de la obra de Baraldi (2013), plantea que es el lenguaje el que sostiene, el que hace de *holding* a la relación entre mujeres-madres y niños, precisamente porque esa relación está sostenida en enunciados mediante los cuales la madre puede (o no) inscribir a su hijo como propio, reconocerlo.

Si nos detenemos en las condiciones e implicancias de los cuidados prodigados hacia el niño, es para resaltar el papel esencial de la función materna en los primeros tiempos de constitución subjetiva. Retomando a Yankelevich (2012), podemos afirmar que la madre es pasadora del Nombre del Padre pero puede no serlo, es decir, la transmisión puede no ocurrir a pesar de que ella esté subjetivada en esa función. Esto dependerá, entre otras cosas, de su historia infantil y de cómo se actualiza con la llegada del hijo, teniendo en cuenta las contingencias que lo rodean. Por eso, para el autor resulta fundamental considerar los avatares por los que atraviesan los padres al momento de concebir un hijo. En relación con el caso de Jérôme, Yankelevich (2002) esclarece un poco más este aspecto, al brindar detalles sobre el relato de la madre acerca de su historia infantil. El padre, alcohólico, le pegaba a su mujer y una noche, antes de que comenzaran los golpes, el hermano mayor cansado de esta escena que no acababa nunca, clavó un cuchillo en la espalda del padre. Ella fue, de toda la casa, quien se inclinó para retirarlo de la herida. Al oír al médico que acudió decir en voz alta que con su gesto hubiera podido acabar con su vida, comprendió que su culpa no tenía remisión. Después de este suceso, la mandan a una escuela de monjas y, tiempo después, vuelve a ver al padre en una ceremonia católica francesa que celebra el reencuentro de toda la familia. Sin embargo, éste no la reconoció y pasó a su lado sin siquiera reparar en ella. En ese

momento pensó: “no tengo padre; nunca lo tuve”.

Con respecto al nacimiento de Jérôme, relata que nació un fin de semana en el que no lo esperaban, ya que el embarazo sólo llegaba a término dos semanas después.

7

Contando con ese tiempo, el padre había viajado y ella se encontraba sola. Cabe mencionar que esa misma noche era el aniversario de la muerte, por un ataque de epilepsia, del hermano mayor que había clavado el cuchillo en la espalda del padre. Cuando lo tomó en sus brazos, tuvo –le dirá años más tarde– dos pensamientos: “cuanto más rápido muera, mejor para él”, “sabe todo, todo de mí”. Un tiempo después, se da cuenta que deseó la muerte de su hijo y piensa “esto es un pecado capital, es irremisible”. Al percatarse de esto, la certeza de una profunda indignidad le volvió abruptamente, más clara que nunca; pensamiento que podemos relacionar con la gran culpa que expresó sentir ante el acontecimiento con el padre. Años más tarde, cuando el mundo médico comenzaba a preocuparse por la mudez de su hijo, otro pensamiento se apoderó de ella: “se calla porque no quiere que sepan cómo está hecho por dentro: como yo”. Luego de este largo relato en que la madre unía trozo a trozo los fragmentos esenciales de su vida, el autor comenta que a la semana Jérôme que, hasta entonces no había emitido ningún sonido articulado, comenzó a pronunciar palabras.

Con esto queremos significar que hay una serie de instancias por las cuales debe atravesar una mujer para suponer en su vida adulta que un hijo pueda llegar bajo la forma de algo valioso, porque un hijo puede llegar y no significar nada. Si retomamos el deseo materno desde Baraldi (2013) podemos afirmar que la posibilidad de que haya apetito, deseo de hijo, supone para una mujer haber simbolizado una falta, es decir, poder ubicar un cero en el lugar del hijo. Lo fundamental de la ubicación de la falta radica en que sin ella no puede haber deseo de manera que, si no hay ubicación de aquello que falta pero que puedo obtener de otra manera, tampoco va a circular el deseo de hijo. En este sentido, Yankelevich (2009) plantea que lo que faltó en la madre de Jérôme es el deseo edípico infantil de tener un hijo; deseo incestuoso, base del deseo, que debe ser sublimado, reemplazado, metonimizado. La hipótesis fálica, paradójica de un apetito que desiste de tragar, adquiere relevancia si recordamos que el hecho de que el hijo venga a llenar, aunque no totalmente, la falta de la madre es lo que va a permitir la primera identificación, aquella por medio de la cual el niño traga la cultura y se humaniza (Yankelevich, 2012). Veremos que esta primera identificación, canibalística y primordial, debe cumplir ciertas condiciones para efectuarse. Para Baraldi (2013), una de ellas es que la voz tiene que estar cargada de libido; y para que esto suceda, la madre debe tener una previa representación simbólica de la llegada de este niño, por la cual va a estar equiparado al falo, falo como valioso.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando la madre, por su historia, no es capaz de significar al hijo como producto simbólico de su amor, es decir, cuando el hijo no tiene un lugar simbólico? La lectura de observación clínica que mencionamos nos aproxima a una respuesta: Jérôme no representaba falta alguna para su madre. Con respecto a su historia infantil, el autor alega que en la medida en que su padre había sido un mal padre para ella y un mal marido para su madre, en su adolescencia pensó “yo no tengo padre, nunca tuve padre”, pensamiento que relaciona con la falta de deseo incestuoso. Es decir, no se constituyó ese capital de goce en juego a partir del cual el deseo de tener un niño se va efectivizando en la vida adulta (Yankelevich, 2021). A partir de estas ideas que puede confesar por primera vez, transferencia mediante, el autor ejemplifica la imposibilidad de esta madre de que la falta, como significante fálico, pase al hijo, no pudiendo investir a ese objeto que acaba de producir (Yankelevich, 2009). Recordemos que, de ese niño, la madre no podía contar nada en forma nominante; era el padre quien relataba lo que hacía y deshacía el hijo en la casa. No existía el piso fantasmático necesario para saber, nos dice Yankelevich (2012) “*qué es lo que quiere de ese retoño*

(pp. 53)”.
8

Este fracaso de la transmisión fálica es nombrado por Amigo (2012) como el fracaso de la unión del soma y el lenguaje, conceptualización que deja entrever la escisión entre organismo y lenguaje que parece acontecer en el autismo. A partir de la diferenciación del soma como la dotación biológica con la que nacemos, del cuerpo como aquello que se adquiere o no luego de la identificación primaria, la autora introduce y crea el concepto de *autismo vero* para referirse al autismo que se da por exclusiva falla de la

identificación primordial en chicos genética y biológicamente intactos. Ahora bien, para la autora, si no hay identificación primordial no habrá por lo tanto pulsión, ni narcisismo, ni represión primordial, situación que sin dudas conlleva grandes costos en la constitución subjetiva.

Así descrita, la identificación primaria parece tener una suerte de poder o dominio a través del cual se le abren al niño un sinfín de posibilidades o se le reducen considerablemente, pero en realidad esta identificación se presenta en la clínica tan mítica como sugestiva, tan fundamental como indatable. Acorde a dichas características, no es un proceso que pretendamos ubicar de manera témporo-espacial, sino que más bien se trata de indagar a través de las impresiones y rastros que va dejando en el psiquismo del niño, especialmente cuando se presenta a través de sus fallas.

¿Cómo Habita el Cuerpo el Autista?

Ya trazamos la diferencia entre soma y cuerpo, ahora podemos agregar: el instinto es diferente de la pulsión, porque esta última no está intrínsecamente ligada a la vida biológica. Sin dudas el niño nace con algunos reflejos como el de succión, pero si seguimos a Baraldi (2013) sabemos que si no hay un otro humano que circunscriba la boca, es decir, que ofrezca el pezón para armar el orificio, este reflejo se va a perder; de igual forma, si no hay otro que pueda anclar la mirada del bebé, el niño va a dejar de mirar. Esto es así porque la pulsión es el resultado de la erogeneización dependiente de los primeros cuidados, lo que nos recuerda una vez más el papel fundante que tienen los otros significativos que rodean al niño por ser quienes arman las condiciones en que la experiencia se presenta.

Los primeros cuidados, entonces, son cruciales para la necesaria subjetivación del cuerpo. Si tomamos a Carbonell y Ruiz (2018) podemos afirmar que alimentarse, por ejemplo, lejos de ser una función exclusivamente biológica, resulta un primer vínculo en el que la experiencia del cuerpo propio se enlaza a lo simbólico y al semejante. Así, en el momento en el cual irrumpe el hambre en el bebé, vemos que el pecho aparece, la boca se llena de leche y la necesidad biológica se apacigua. Pero, además del alimento, constatamos que el bebé recibe también el abrigo del cuerpo materno, oye su voz a través de las palabras que le dirige, su cabeza es sostenida a determinada altura, su cuerpo es acariciado y mecido, es decir, recibe un sinfín de estímulos que producen sensaciones placenteras. Lo interesante es que, a la par que emergen las primeras satisfacciones, es en los matices de este encuentro donde se le brindan al bebé los significantes necesarios para la construcción de un cuerpo: en el modo en que este Otro lo agarra, lo mira, lo toca. Estas marcas que van configurando el cuerpo a partir de los primeros cuidados, adquieren relevancia si tenemos en cuenta que serán las que determinen el circuito pulsional. Cuando Lacan (S/F) en su retorno a Freud sitúa a la pulsión como efecto del lenguaje sobre el organismo vivo, hace referencia justamente a la construcción del cuerpo como efecto del discurso, de los significantes que van amarrados a las caricias que le dirige la madre dentro del terreno de los cuidados.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que este ofrecimiento es dado a partir del deseo del Otro, estamos en condiciones de suponer que lo que devenga significativo para el niño no será cualquier gesto, palabra o acto. En relación a esto, Jerusalinsky (1997) subraya que sólo si el hijo es objeto de deseo, la madre puede inscribir (¿o escribir?) en su cuerpo las marcas de lo simbólico. Desde dicho deseo la madre asume, o también podemos decir ilusiona, que el niño le habla, que la escucha, que la entiende. Generalmente vemos que las madres hacen preguntas a sus bebés cuando lloran, tales como: “¿Qué pasó?”, “¿Qué quieres?”, “¿Estás con hambre?”, “¿Tienes sueño?”. Estas preguntas, a la par que significan el cuerpo y lo nombran, revelan cómo la madre, al interpretar como demanda el llanto del bebé, responde a él y en un mismo acto, dona el lenguaje y el campo de la pulsión (Amigo, 1999).

9

Lo fundamental del reconocimiento, así como de la presencia de un Otro que nombre al niño desde su deseo, se puede articular con lo que Yankelevich (2009) designa como la caricia erótica por excelencia que da la madre: su palabra. Pero no tarda en aclarar: “*sólo cuando esa palabra es nombrante*” (pp.49). Esta salvedad tiene relación con la hipótesis fálica de la que hablamos en el capítulo anterior, es decir, con la necesidad que el niño reciba la suposición materna. Cuando una madre, al hablar a su retoño lo hace con deseo, transmite su falta a la vez que supone y anticipa un sujeto allí donde sólo se observa un pequeño cachorro humano. En otras palabras, hace una apuesta y en este sentido Yankelevich (2002) habla de una madre pascaliana. Porque esta apuesta existe, el pequeño infante rápidamente se va a conectar con su mamá, va a tomar la mirada de ella como timón de sus propios ojos, se va a dejar calmar, y va a ingresar en un cierto código donde ella dice “y me parece que llora porque tiene hambre”. Lo importante, para Baraldi (2013), es que empieza a circular un código de encuentro que permite que la madre calme al hijo y que ella pueda responsabilizarlo rápidamente de pedir, esperando que el niño llore para poder calmarlo. A esto nos referimos cuando afirmamos que el sujeto necesita de Otro para hacerse sujeto, para sobrevivir, hablar, caminar, aprender. Si retomamos por un momento la hipótesis que el autor construye acerca de la primera vez que Jérôme logra pararse, recordaremos el estrecho vínculo que establece entre este acontecimiento y la emergencia de una madre nominante o, en los términos que venimos hablando, de una madre pascaliana. Lo cual revela que tener un lugar simbólico en la trama parental y ser significado como objeto de amor constituye la máxima necesidad de todo niño.

Podemos aseverar que el hecho de que el niño se ecuacione con el falo está íntimamente ligado con la erotización del cuerpo, por medio de la cual la madre irá marcando los límites primeros y fundamentales. Siguiendo a Amigo (2009), sabemos que el soma viene al mundo sin ningún agujero libidinal que el niño sienta como tal. Por supuesto los chicos nacen con boca, orejas, ano, orificio palpebral pero no con zonas erógenas, éstas son el resultado de la erogeneización dependiente de la primera identificación (Amigo, 2012). Por eso afirmamos al inicio que no hay pulsión “natural”. Pero también afirmamos que en el autismo esta operación lógica fracasa. Para la autora, una prueba de ello es el *rocking*: un movimiento de balanceo repetitivo que no hace girar la libido sobre ningún orificio corporal. Es decir, mientras la pulsión da la vuelta por un orificio corporal -boca, ano, orificio palpebral, orificio auricular- el *rocking* no pone en juego ningún agujero, por el contrario, implica un cierre del soma sobre sí mismo (Amigo, 2009). En otras palabras, nada se desprende del cuerpo: ni voz, ni mirada, ni objeto alguno (Baraldi, 2013).

Ahora bien, este soma que, en el sentido analítico, decíamos que no está agujereado, ¿cómo deviene en cuerpo? Para Amigo (2009) este cambio fundacional depende de la transmisión o no, por parte de la madre, de la deuda que en principio ha contraído con el padre que opera en ella. Esto es, el hecho de que el niño venga a

representar algo que le falta en el orden fálico, es lo que va a permitir que la dotación biológica con la que nacemos devenga en cuerpo. Si seguimos esta línea de pensamiento, adquiere relevancia la lectura que hace Yankelevich (2009) acerca de Jérôme, quien no representaba falta alguna para su madre y no sin consecuencias: a los 3 años, era una “bola” que rodaba por el piso, rolaba y apenas si gateaba. Por eso resulta interesante el lugar que adquiere en la obra del autor el falo como aquel que otorga erectilidad al cuerpo, refiriéndose precisamente al significante que viene en auxilio de lo que le falta a la madre (Yankelevich, 2009). Retomemos la presentación del caso, en la cual menciona que es hijo de una madre que no puede imaginar –como sí pudo con su primera hija- que ese chico saliera de ella, no puede imaginar el parto. Cuando logra hablar de esto por primera vez en su vida al analista estando Jérôme presente, este niño carente de tono muscular logra pararse. En relación a esto, Amigo (2009) reafirma que si hay palabra nominante algo de la muerte se produce, de entrada, sobre el soma, cadaverizándolo y haciendo ingresar el cuerpo bajo la ecuación fálica.

Podemos afirmar entonces que, para que la palabra materna sea nominante, el 10

hijo debe oír que está dirigida a él de un modo especial. A esto se refiere Baraldi (2013) cuando afirma que la voz tiene que estar cargada de líbido, es decir, que la madre debe tener una previa representación simbólica de la llegada de este niño, por la cual va a estar equiparado al falo como valioso. Así, sólo a condición de enunciar, la madre podrá articular el cuerpo del hijo; cuando al hablar resuena en su voz el vacío de su falta fálica. Al respecto, Amigo (2009) agrega que es de este modo como el niño, a través de la madre, queda habilitado a tragar al Padre Muerto, engullimiento que permite que el lenguaje le haga traza y que en ese entrecruzamiento se corpsifique el soma. Es decir: el soma, que no está agujereado, se convierte en cuerpo “vasijado” si la palabra de la madre es nominante. Tal como lo plantea Yankelevich (2009) por dos anillos separados o trivialmente superpuestos, soma y lenguaje, sin ninguna relación de trenzado en principio, la madre -endeudada con el padre- hace pasar una recta al infinito, que hace el primer trenzado, cuando otorga al niño la significación fálica (Figura 1).



Figura 1: Trenzado obtenido por el pasaje de f como recta al infinito.

Ahora bien, de acuerdo con los autores de referencia, el momento de este trenzado, que no es otro que el de la identificación primaria, no se produce en el autismo. Por eso, según Amigo (2012), el problema es que ni siquiera hay entrada en el mundo del signo fálico, porque no ha podido salir del soma. Pero ¿qué consecuencias tiene en el infante el hecho de quedar adherido al soma?, es decir, ¿cómo habita el cuerpo el autista?

Al tratarse de una patología pre-especular, donde ni siquiera las pulsiones han armado su recorrido, para Baraldi (2013) este cuerpo es vivido como fragmentado. Es por esto que “miran a la nada, se mueven en la nada y nada les hace tope, ya que su cuerpo y el Otro no tienen estatuto alguno” (p.23). La autora refiere que no han atravesado por lo

que Lacan denominó como estadio del espejo, a partir del cual se transita de una percepción fragmentada del cuerpo a la alienación de una imagen corporal concebida como unidad y percibida como parte de sí mismo, incluso antes de poseer dominio sobre las capacidades motrices. Al no tener construido el cuerpo, ni en su imagen ni en su circuito de satisfacción, el niño queda sin una percepción de los límites, de lo que está adentro y de lo que está afuera. En relación a esto, autores como Eric Laurent o Jean-Claude Maleval han establecido en el psicoanálisis el concepto de “borde casi corporal” para cernir el modo en que el niño autista vive la relación con el otro y con el cuerpo; el límite entre el propio cuerpo y el del otro está a veces tan difuminado que recurren a la mano de alguien para procurarse el objeto que quieren, hecho que deja ver una indiferenciación entre uno y el otro.

Precisamente, al ser el Otro el que inscribe un orden pulsional y libidinal, podemos ver la afectación al nivel del cuerpo que estos niños presentan al tener perturbada esta relación con el Otro. Si nos remontamos por un momento a los cinco objetos primordiales de satisfacción que se construyen alrededor de los orificios del cuerpo (la boca, los esfínteres, los genitales, los ojos y los oídos) podemos afirmar que es en torno a lo que

11

en psicoanálisis se denominan los objetos de la pulsión, donde se encuentran las dificultades del niño autista con su cuerpo, presentando inconvenientes para comer, para hablar, para controlar esfínteres, para tolerar los ruidos, etc. Según Baraldi (2013), esto es así porque las pulsiones no han armado su recorrido, están desconfiguradas. Por eso, teniendo el organismo biológico disponible no hacen uso de él, pudiendo oír no convalidan que escuchan, pudiendo ver no dirigen la mirada, no acusan recibo del dolor infligido en su propio cuerpo y, hallándose inmersos en el lenguaje, no hablan (Baraldi, 2013).

Igualmente, al no poder identificarse con su cuerpo, los fenómenos corporales pueden resultarles muy ajenos, siendo muy difícil soportar el cuerpo si el sujeto no puede imaginarlo como una imagen y como una unidad: cualquier sensación -como un resfriado o cualquier actividad -como cortarse las uñas- puede convertirse en motivo de enorme desasosiego. En relación a las estereotipias motoras que comúnmente se presentan, Carbonell y Ruiz (2018) las presentan como soluciones que el sujeto ha encontrado para manejar un cuerpo que le resulta indómito, es decir, para poner un límite a ese cuerpo, para ordenar y condensar las extrañas sensaciones que provienen de él y que resultan imposibles de situar.

Sin embargo, es importante subrayar que de ninguna manera deducimos de todo lo expuesto con anterioridad que los niños con autismo no hayan sido cuidados convenientemente. Apostamos a que, a causa de avatares imposibles de localizar, a veces para algunos sujetos no es posible la construcción de su propio cuerpo durante los primeros momentos de su vida. Nos referimos a cualquier acontecimiento traumático que pudo haber introducido un obstáculo imposible de salvar: una enfermedad, una complicación con la alimentación, una prematuridad muy grave, un episodio traumático en la familia o, como en el caso de Jérôme, una madre impedida de dar su falta. Pues, ¿sobre qué se pueden inscribir las marcas significantes si la madre es incapaz de significar a ese niño?

El autista y su voz

En el capítulo anterior comentamos que, en general, cuando los bebés lloran las madres les hacen preguntas para tratar de entender la causa de su malestar, preguntas que dijimos son fundamentales porque significan al cuerpo a la par que lo nombran. Ahora

podemos agregar que también son las que propician el surgimiento de la palabra en el infans que, por el momento, sólo puede llorar y moverse para descargar la tensión. Si insistimos en lo fundamental del Otro, es por ser quien le da un sentido o una significación a los sonidos emitidos por el bebé, quien reconoce una palabra allí donde sólo hay ruido y sonidos indiferenciados. Pero, para que esto se produzca, es indispensable que la madre o quien cumpla su función, crea que hay un mensaje en estos sonidos que emite el bebé y no sólo eso, sino que éstos van dirigidos a ella, porque es de este modo como se da comienzo al inicio de una comunicación posible y el establecimiento de lo que denominamos anteriormente como el circuito de la demanda.

Podemos afirmar entonces que la inscripción del niño en el lenguaje y por ende la entrada al mundo simbólico está facilitada por el otro materno o, más precisamente, por el deseo del Otro que opera sobre el niño a través de su discurso. En este sentido, Jerusalinsky (1997) destaca que, si bien el cachorro humano requiere prolongados cuidados para sobrevivir, éstos no bastan ya que la mera satisfacción en el nivel de lo real no produce el corte que pone al niño en relación con el campo de la palabra. Es así que considera que el eje del proceso constitutivo se define en el nivel del significante, haciendo referencia al Nombre del Padre. Pero, antes de continuar avanzando en esta dirección, tomamos el aporte del autor para aseverar que a pesar de que el infans aún no pueda hacer uso de la palabra, hablará en la medida en que fue hablado por el Otro. Esto quiere decir que, si esas palabras que envuelven al bebé, aunque aún no son

12

comprendidas, llegan hasta él es porque "todo acto que se cumple en relación con él está capturado en un discurso; discurso que se expresa en los movimientos esbozados, en las actitudes del otro, con quien el niño se identifica orientado por el deseo materno" (Jerusalinsky, 1997, p.11). Por tanto, para que tenga lugar la transmisión de esa estructura lingüística que le permitirá al niño interpretar el mundo que lo rodea y, al mismo tiempo, hacerse interpretar, es necesario que se establezca un punto de encuentro e identificación entre cada niño y el Otro primordial (Jerusalinsky, 1997).

Tomamos como punto de partida la voz de la madre que llama a su hijo como la que precede al acto del lactante de tomar la palabra. Es allí donde radica para Yankelevich (2012) lo esencial de la función materna, que no es otra que la de crear en el niño las condiciones de entrada al significante. Esa función materna es la de hablarle al bebé con una voz que ella no usa en sus intercambios con otros hijos, con su familia o con su pareja. Es esa voz la que va a escuchar como diferente de la voz que le dirigen los otros. Ahora bien, si retomamos a Baraldi (2013), sabemos que, sin madre fálica, no hay voz de la madre que el hijo incorpore. Esto es así porque, como dijimos en el capítulo anterior, la voz tiene que estar cargada de libido para que el hijo la pueda incorporar. Suponemos entonces que cada niño incorpora la cultura a partir de incorporar el lenguaje, pero incorpora el lenguaje sólo si la madre le habla, afirmación que deja entrever el rol clave que juega la lengua materna en la articulación de la palabra con el cuerpo (Baraldi, 2013).

A esto se refiere Amigo (2009) cuando asevera que, si la madre se hace pasadora de la voz del padre, el chico recibe con la voz una nominación, porque en este caso ya hay desprendimiento de un objeto: la voz, que puede hacer las veces de organizador de la "acomodación" de los agujeros del cuerpo. En consecuencia, diremos que el lenguaje se incorpora sólo si el Otro lo permite, es decir, si es que reconoce, resonando este reconocimiento en el modo en que se dirige al niño, la deuda que ha contraído con el padre que le permitió traducir como falta fálica su falta en ser. Afirmamos también que es de este modo cómo la madre permite trenzar soma y lenguaje, que devendrá, por mérito de ese trenzado que es la identificación primaria, cuerpo y simbólico. Sin embargo, Amigo (2009) sostiene que es posible hablar sin poner en juego nominación alguna. El ejemplo que brinda es cuando una madre le habla a su hijo solamente pasándole consignas de

crianza, es decir, no haciéndose pasadora de la voz del padre ni pudiendo hacer una hipótesis fálica sobre este hijo. Aunque no es sin consecuencias: al no resonar esta voz, las consignas que pase, aunque el niño las entienda, no le van a dejar como residuo una escritura. Por el contrario, el niño hará más bien un uso operacional del lenguaje, como sostiene que ocurre en el autismo, quienes no suelen hablar, pero comprenden las indicaciones de los padres y/o terapeutas (Amigo, 2009).

Teniendo en cuenta que el lenguaje deviene simbólico cuando es incorporado por identificación primordial, en la cual el significante fálico es el significante inicial desigual consigo mismo que hace que la madre aparezca como el ser paradójico que apetece porque le falta algo y no traga en Nombre del Padre, y que el autista no llega a la identificación primordial, el problema del autismo para Amigo (2012) radica en que ni siquiera hay entrada en el mundo del signo fálico. Ahora bien, si hablar significa incorporar el significante y no sólo padecerlo pasivamente, ¿podemos afirmar que el mutismo que se manifiesta clínicamente en el autismo se relaciona a la dificultad de equivaler al signo y al significante fálico que plantea la autora?

Según la lectura de Yankelevich (2012), cuando Lacan afirma que los chicos autistas son verbosos, quiere decir que están en el lenguaje, pero no en el discurso; no se han supuesto como sujetos, por lo tanto, lo que dicen no está articulado en una enunciación. Si retomamos la presentación del caso de Jérôme, el autor relata que de ese niño la madre no puede contar nada en forma nominante, ya que está trabada de hacer algo que la haga madre: impedida de dar su falta. Pero, si el niño no representa falta alguna para su madre, ésta, por ende, no le puede donar el vacío desde el cual el pequeño pueda formar su falta de objeto: vemos entonces un niño que produce sonidos, pero sin fonemas de la lengua, sólo sonidos roncós, gritos; no hay ni lalación ni glosolalia,

13

ni siquiera la exploración de la capacidad fonatoria de la laringe en las cuerdas vocales (Yankelevich, 2009). En tanto la madre no tenía qué decir de él, nos preguntamos ¿por qué se dirigiría este niño a un otro? ¿por qué y para quién querría hablar?

Debido a que el falo es un significante que se crea con la voz, según Yankelevich (2009) es por esto que los niños autistas se defienden de la carga fálica que tiene la palabra del Otro: porque es a destiempo, porque no la pueden soportar. Al no poder operar con el símbolo, al no poder distanciarse suficientemente de la materialidad sonora de la palabra, el niño con autismo puede sentirse invadido por el lenguaje cuando este adquiere demasiada consistencia, o una consistencia demasiado real. Entonces busca estrategias para no sufrir excesivamente, como por ejemplo taparse los oídos (Carbonell y Ruiz, 2018). Es decir que cuando la inscripción de la dimensión simbólica del lenguaje no se produce eficazmente, el niño debe encontrar soluciones para estructurar la realidad, su cuerpo y los objetos pulsionales.

En consonancia con los autores, Baraldi (2013) plantea que el niño autista, al rechazar la voz como si le molestara, demuestra que ésta no siempre se incorpora. Si el significante es fundamentalmente inquietante para el autista, es justamente porque se sostiene en la voz del Otro. Es por esto que para Maleval (2011), la apropiación del lenguaje no se produce mediante una conexión del significante con la voz sino mediante la asimilación de signos estrechamente vinculados al referente. Por ello, para el niño autista hay una adecuación total entre el signo y la cosa; a falta de disponer del significante amo, busca la referencia del lenguaje en el mundo de las imágenes y las cosas.

Uno de los primeros signos de alarma que a menudo llevan a los padres a una consulta, se refiere al retraso en la adquisición del habla. A veces el niño no solo no habla, sino que parece que no oye, no responde a su nombre, no pide nada ni señala. Pero ¿qué significa hablar? Tomamos a Carbonell y Ruiz (2018) para tratar de formular una respuesta. De acuerdo con los autores, desde la primera palabra, hablar significa

escoger algunos sonidos reconocibles del otro y hacerlos propios, ya que la lengua que el sujeto habla siempre es la lengua del Otro, como condición para que un día pueda ser la propia. Decir las primeras palabras supone una identificación del niño con el adulto y un interés, por tanto, sobre lo que este le dice: no hay otro modo de hacerse claramente con el lenguaje que viene de fuera. Al respecto, podemos pensar que quizás sea por las consecuencias de esta falta de identificación del niño con el adulto que, en algunos casos, las primeras palabras aparecen en una jerga propia, reconocible muchas veces por los padres. Es decir, para que alguien pueda hablar y comunicarse, hace falta que el lenguaje se inscriba no sólo como instrumento de comunicación sino en su dimensión simbólica. Podemos anticipar así la dificultad de tomar la palabra cuando la identificación simbólica es defectuosa.

De hecho, en el caso del autismo es frecuente que se entre en el habla a partir de ecolalias, hecho que deja entrever la disociación entre la voz y el lenguaje: la voz se escucha en la ecolalia como voz del Otro, no existiendo una alteridad entre lo que se oye y lo que se dice. Para Carbonell y Ruiz (2018), este modo de habitar el lenguaje puede ser una manera compleja de hablar minimizando los efectos del propio ser. Las ecolalias muchas veces funcionan a modo de proteger al niño de la angustia que le invade cuando no cuenta con ellas y debe hablar, por decirlo de algún modo, en nombre propio. Sabemos que hablar no es exclusivamente comunicar algo, sino que implica además buscar y obtener una respuesta de aquel a quien nos dirigimos: para el niño con autismo, significa romper su burbuja y no siempre le resulta posible.

Con esto queremos decir que, si el común de los humanos podemos orientarnos en el mundo, es porque disponemos de las coordenadas de espacio y tiempo que resultan ficciones hechas de lenguaje. Al respecto, Carbonell y Ruiz (2018) se preguntan ¿de qué modo un sujeto puede intervenir en el mundo que lo rodea sin disponer de una imagen de sí mismo, que le sirva a él y a los otros, sin unas cuantas palabras que ordenen los objetos y las personas, y que lo representen a él ante los demás?

14

La mirada, ¿hacia dónde?

Cuando hablamos de la mirada, hacemos referencia a una experiencia fundamental de la otredad, aquella por medio de la cual el niño se ve reflejado. Partiendo del supuesto de que somos mirados antes de poder mirar, a lo largo de este capítulo veremos cómo a partir de la intervención de una mirada deseante se puede ir estructurando este aspecto en la subjetividad en el bebé.

Tomamos el aporte que realiza Winnicott (1971), acerca del vínculo formado por la diada madre-bebé durante los primeros tiempos de vida, para tratar de exponer el rol de espejo que cumple la madre. Para el autor, los intercambios que se produce entre ambos -facilitados, en principio, por los primeros cuidados- son esenciales, porque representan para el niño la comprobación de su existencia. Bajo la luz de las nociones que trabajamos en apartados anteriores, también podemos decir: el niño es reconocido, lo cual sabemos que no sería posible sin la presencia de un Otro que lo nombre -lo mire, lo acaricie- desde su deseo. Aventurándonos a invertir el axioma cartesiano podemos plantearlo de esta manera: “soy mirado, luego existo”. En este sentido, Winnicott (1971) plantea que el precursor del espejo² es el rostro de la madre, así, en la mirada que le dirige a su bebé, forja la imagen con la cual podrá identificarse luego.

Puede resultar útil servirnos de la escena del amamantamiento para ilustrar esta vivencia de mirarse en los ojos maternos, de saberse a través de esa mirada. Según Amigo (2009), esta escena se caracteriza por el ofrecimiento –inconsciente- de una comida que integra lo oral con lo escópico. Esto implica que, a la vez que traga el alimento, el bebé incorpora la voz y la mirada, permitiendo entre otras cosas, que se

repita la escena de la comida totémica. A esto nos referimos cuando afirmamos que en los matices de este encuentro y más allá de la satisfacción de la necesidad, se le brindan al bebé los significantes necesarios para la construcción de un cuerpo: en el modo en que el otro materno lo agarra, lo toca, lo mira. Ahora bien, al tratarse de un saber inconsciente, puede suceder que la madre esté realizando su labor en cuanto al cuidado del bebé, la alimentación y la limpieza pero que no lo esté mirando, no le esté proporcionando el amor y su propio cuerpo para amamantarlo, asearlo o acariciarlo, es decir, libidinizarlo.

Por este motivo, el acto materno de la lactancia tal como la describimos conlleva para Baraldi (2013) algo más que dar el seno (o el biberón), implica la apuesta materna de que allí hay un niño: porque esta apuesta existe, el infante se va a conectar con su mamá y tomará la mirada de ella como timón de sus propios ojos. Ahora bien, la suposición de que un hijo es ya un sujeto cuando nace es un juicio inconsciente y como tal, no puede ser enseñado. Así como el bebé nace sin instinto, no hay un “saber ser madre” instintivo, por el contrario, tiene que inventar qué hacer, guiada por un saber del inconsciente y determinada por las circunstancias en que llega ese niño. La suposición materna es para Yankelevich (2012) uno de los nombres del falo; falicizar significa, entonces, dar un sentido de existencia a lo real. Vamos comprobando así el alcance que tiene en la subjetividad del niño la intervención de una mirada deseante, a la par que nos confrontamos con los efectos de que no suceda así. Si hay algo que la madre del autista no puede hacer, es dar su falta, “tiene un impedimento, está trabada de hacer algo que la haga madre” (Yankelevich, 2009, p. 47). Lo que resulta alarmante es que si el niño no representa falta alguna para su madre, no le puede donar el vacío desde el cual el pequeño pueda formar su falta de objeto, es decir, no le puede donar la mirada o bien, la mirada que ofrece se torna vacía.

En este punto, creemos que lo más interesante del desarrollo de Winnicott (1971) es la advertencia que hace respecto del riesgo que representa para el devenir del niño toparse con un rostro inmóvil, como el que puede presentar una madre depresiva. Un rostro así -dirá- no es un espejo, o lo será, pero de manera extremadamente perturbadora para el

² Hacemos referencia a la formalización de Lacan (2009) en “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”.

niño porque no se verá a sí mismo. Si recordamos el relato de la experiencia de Yankelevich (2009) con madres de niños autistas, el autor menciona que lo que todas ellas le contaban, sin darle la dimensión a eso que les ocurría, es que no se dirigían realmente a ese hijo que tenían en brazos. Ahora bien, “si el rostro de la madre no responde se perfila una amenaza de caos y el bebé organiza su repliegue, o no mira nada [...] y, entonces, el espejo se convierte en una cosa que se puede mirar, pero en la cual no es posible mirarse” (Winnicott, 1971, p. 156). Podemos suponer que en el autismo el niño percibe este muro invisible a través del rostro de la madre, pero ¿será la imposibilidad de sostener la mirada una de las repercusiones de toparse con un rostro inmóvil que no devuelve más que extrañeza?

Esteban Levin (1991), psicomotricista y psicoanalista, en su obra *La clínica psicomotriz* nos aproxima a una respuesta al señalar que cuando el niño se encuentra con el rostro real de su madre, lo que sucede es que no se puede reflejar en él, por lo tanto no aprende a mirar, sino que se limita a ver. Si acordamos que es a partir de la intervención del Otro como la pulsión toma consistencia y lanza el circuito que delimita las zonas erógenas del cuerpo, adquiere relevancia la deducción a la que llega el autor ya que podemos pensar que quizás sea por esto que para el niño no es posible sostener la mirada: porque no ha sido constituida –o recortada- como tal. En relación a los efectos que este encuentro (¿desencuentro?) produce, Baraldi (2013) es igual de contundente: si no hay otro que pueda anclar la mirada del bebé, el niño va a dejar de mirar. Con esto puntualiza, aunque

no se detiene en ello, algo fundamental y es que mirar no significa lo mismo que ver, justamente porque lo que se compromete en la mirada es el ojo erótico, ese lugar que implica el cuerpo pulsional del sujeto. Al tratarse de una patología donde las pulsiones ni siquiera han armado su recorrido, de acuerdo a la autora, lo que sucede en el autismo es que la mirada no llega a desprenderse del cuerpo, es por esto que podemos tener la clara sensación de que *miran a la nada* (Baraldi, 2013).

En palabras de Yankelevich (2009), podemos agregar que son los efectos de la falta de nominación, de la carencia de mirada que deja al autista por fuera de la palabra y de la relación con el Otro. Sabemos que una madre le transmite al hijo por la forma de tratarlo, de sostenerlo, de mirarlo o de no hacerlo, si éste le despierta amor, odio, persecución, envidia, gratitud, desesperación o comprensión, si lo ve como una "cosa" o como una persona. Por eso afirmamos que, al hablar de la mirada, involucramos siempre a un otro. El detalle es que, además de una presencia real, es necesario que este otro esté en una posición de hacer de espejo y esto solo es posible donando su falta, haciendo que las palabras conviertan a quien le habla al chico, en espejo (Yankelevich, 2009). Esa es la función de la madre, también llamada por el autor la función imaginaria del Otro simbólico y, al mismo tiempo, lo que la madre del niño autista no puede asegurar. Por eso Yankelevich (2009) sostiene que lo falla en el autismo es anterior a lo especular porque lo que sucede con la madre es que, si no puede donar su falta, mucho menos podrá hacer de espejo entonces, ¿cómo la visión devendrá mirada si no se encuentra reflejado en el rostro materno, si no se lo convoca como mera sutura de la falta fálica?

Reflexiones finales

A partir de un breve recorrido de los primeros tiempos de constitución subjetiva, trazamos la relevancia que adquieren los cuidados prodigados hacia el bebé por ser los que aseguran su supervivencia al mismo tiempo que comprobamos que, en este encuentro con el Otro, el infante obtiene lo necesario para su estructuración psíquica.

Sabemos que una de las operaciones lógicas en virtud de la cual se constituye el ser humano es la identificación primaria, pero, al ser, por definición la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, constatamos que sólo puede mediatizarse por la acción específica de este Otro o, más específicamente, por el hacer y el decir de una mujer puesta en el lugar de Otro. Teniendo en cuenta la posición que tiene

16

que tomar una mujer para estar a la altura de lo que nombramos como función materna, dilucidamos que hay una serie de instancias por las cuales debe atravesar una mujer para suponer en su vida adulta que un hijo pueda llegar bajo la forma de algo valioso, porque sabemos que un hijo puede llegar y no significar nada. A la par que atestiguamos que una madre toma posesión de este lugar en tanto y en cuanto haya un deseo metaforizado para el hijo, nos topamos con la observación clínica presentada por Yankelevich (2009) en la cual advertimos que hay casos en que la madre, por su historia, no es capaz de estar a la altura de dicha función, es decir, no puede donar su falta y significar al hijo como producto simbólico de su amor.

Este hecho, que demuestra un fracaso de la transmisión fálica, es equiparable para Amigo (2012) con una falla en la identificación primaria. Si afirmamos que en los primeros tiempos para el niño es fundamental el reconocimiento así como la presencia de un Otro que lo nombre desde su deseo, estamos en condiciones de asegurar que el hecho de que el niño venga a representar algo que le falta en el orden fálico, es lo que permite que la dotación biológica con la que nacemos devenga en cuerpo, que la voz de lugar a la palabra y que la visión devenga mirada. Las impresiones -marcas- que deja

esta operación lógica cuando se presenta a través de sus fallas, son tan evidentes como devastadoras: nada se desprende del cuerpo, ni voz, ni mirada, ni objeto alguno (Baraldi, 2013).

Podemos pensar que los fenómenos del autismo están íntimamente relacionados con las fallas en la identificación primaria pero principalmente con la falta de un Otro que pueda dar albergue en la trama pulsional y simbólica. Si tanto el cuerpo del bebé como sus posibilidades de desarrollo psíquico no vienen dados, es porque se construyen y, como vimos, esta construcción sólo es posible a través del reconocimiento y la presencia de aquel que cumple la función de Otro Primordial. Sin embargo, hay acontecimientos y azares que dificultan el alojamiento de un niño, en cada caso creemos que la apuesta se relaciona con la posibilidad de intervenir sobre la relación de un niño con una mujer ubicada en el lugar de Otro primordial para intentar menguar los grandes costos que conlleva su devenir como sujeto.

Referencias bibliográficas

- Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S. (2009). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto de originario en psicoanálisis* (1.a ed. 1.a reimp.) Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S. (2012). *La identificación primaria y sus fallos: Autismo vero y psicosis*

en la infancia. En: N. Bruner (Coord.) *El juego en los límites* (pp. 175-194) (1.a ed.) Buenos Aires: Eudeba.

Baraldi, C. (2013). *Mujeres y niños... ¿primero? Los primeros tiempos de la constitución psíquica del niño. Tratamiento del autismo y la psicosis en la infancia* (1.a ed. 1.a reimp.) Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Carbonell, N. y Ruiz, I. (2018). *No todo sobre autismo*. Barcelona: RBA Libros, SA.

https://www.academia.edu/43371613/No_todo_sobre_el_autismo Freud, S.

(2008). *Proyecto de psicología para neurólogos*. En *Obras completas* (Vol. I, pp. 339-414). Buenos Aires: Amorroutu.

Jerusalinsky, A. (1997). *Psicoanálisis del autismo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva

Visión. Recuperado de https://www.academia.edu/30027513/Psicoan%C3%A1lisis_del_autismo

Jerusalinsky, A. (2012) ¿Qué nos enseña la clínica del autismo hoy? En: *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto de originario en psicoanálisis* (pp. 157-174) (1.a ed. 1.a reimp.) Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Maleval, J. (2011). *El autista y su voz*. Madrid: Gredos.

Lacan, J. (1978). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.

Levin, E. (1991). *La clínica psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

18

Yankelevich, H. (2002). La función materna. *El Sigma*. Recuperado de

<https://www.elsigma.com/columnas/la-funcion-materna/2136>

Yankelevich, H. (2009). Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra. En: *Paradojas clínicas de la vida y la muerte: ensayos sobre el concepto de originario en psicoanálisis* (pp. 45-59) (1.a ed. 1.a reimp.) Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Yankelevich, H. (2012). El Otro en el autismo y la psicosis en la infancia. En: N. Bruner (Coord.) *El juego en los límites* (pp. 143-156) (1.a ed.) Buenos Aires: Eudeba.

Yankelevich, H. (2021). Autismos. *Psicoanálisis lacaniano. Blog de Psicoanálisis en la articulación Freud-Lacan*. Recuperado de <https://psicoanalisislacaniano.com/hyankelevich-autismos-20210116/>

Winnicott, D. W. (1971). El rol de espejo de la madre en el desarrollo del niño. En: *Realidad y juego*. Buenos Aires: Editorial Paidós.